

Tiempo ordinario 2020

Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo

Solemnidad

Domingo 22 de noviembre de 2020

«Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros»



«Desde el comienzo de la historia cristiana, la afirmación del señorío de Jesús sobre el mundo y sobre la historia (cf. Ap 11, 15) significa también reconocer que el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal sino sólo a Dios Padre y al Señor Jesucristo».

Catecismo de la Iglesia Católica, 450.





Jesucristo, Rey del universo

Solemnidad

Domingo 22 de noviembre de 2020

«Se sentará en el trono de su gloria...»

Comentario a la eucología^I

PREFACIO DE LA SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

Este prefacio fue compuesto en 1925, cuando Pío XI estableció la solemnidad de Cristo Rey para ser celebrada el último domingo del mes de octubre, antes de la solemnidad de Todos los Santos. En el nuevo calendario de la Iglesia Romana, esta solemnidad se ha fijado el último domingo del año litúrgico, como coronación de todo él. Se han visto en este prefacio unas reminiscencias de los antiguos sacramentarios de la Iglesia romana como el Veronense y el Gelasiano, así como de otros libros litúrgicos antiguos. El embolismo es como sigue:

Porque consagraste Sacerdote eterno y Rey del Universo
a tu único Hijo, nuestro Señor Jesucristo,
ungiéndolo con óleo de alegría,
para que ofreciéndose a sí mismo,
como víctima perfecta y pacificadora
en el altar de la cruz,
consumara el misterio de la redención humana
y sometiendo a su poder la creación entera,
entregara a tu majestad infinita
un reino eterno y universal:
el reino de la verdad y de la vida,
el reino de la santidad y la gracia,
el reino de la justicia, el amor y la paz.

Este concepto de Cristo Pontífice y Rey que reconquista para el Padre y le entrega el reino de la creación, la cual había renegado de él por el pecado, para que Dios sea por siempre todo en todo, está tomado de san Pablo. No obstante, cabe al redactor el mérito de haber dado a su bella composición litúrgica ese carácter lírico

¹ AA.VV., *Los prefacios y las secuencias*, Barcelona: CPL 2018, 163-166.

de verdadero cántico triunfal de acción de gracias, que constituía el distintivo del primitivo himno eucarístico, según se llamaba antiguamente a nuestra plegaria eucarística. Como en otros muchos prefacios, hay también en este un caudal de doctrina imposible de exponer en el poco espacio que disponemos. Solo tratamos dos puntos:

Cristo, Sumo sacerdote eterno

Cristo reúne todo cuanto pertenece al oficio sacerdotal y esto en el sentido más elevado que se pueda pensar. Es el Mediador entre Dios y los hombres, gracias a su encarnación. Es sacerdote que ofrece el sacrificio y, al mismo tiempo es la víctima por su vida de Redentor y por su sacrificio en la cruz. Es nuestro intercesor ante el Padre. Los frutos admirables del sacrificio sacerdotal son: lo que quitó y sigue quitando en nosotros, esto es, la maldición del pecado (I Jn 1,7), la ira del Padre (ITs 1,10), el dominio del diablo (Hb 2,14), el dominio de la muerte (Jn 11,25), la reprobación eterna. Pero además nos concedió la paz con Dios (Col 1,20), su dominio suave, su vida divina (Ga 3,14; Rm 3,23; 2Tm 1,10), su herencia divina (Rm 5,21), etc.

A leer con detenimiento los evangelios y los demás libros del Nuevo Testamento, vemos la figura de nuestro Señor y Salvador dibujarse con rasgos siempre nuevos e imágenes variadas: el Médico, el Auxiliador de los hombres, el Hijo eterno del Padre... y sin embargo faltaría un rasgo esencial en la semblanza de Cristo si no tuviéramos la carta dirigida a los Hebreos. No hay otro libro bíblico en el que se destaque con tanta claridad y elevación uno de los oficios de nuestro Señor Jesucristo, que pertenece a lo más sagrado de su ser divino-humano: su oficio de Sumo y Eterno Sacerdote. En varios capítulos (6-12) trata de tan elevado tema su autor. Pío XII lo expuso elocuentemente en su carta encíclica *Mediator Dei*, sobre la sagrada liturgia, del 20 de noviembre de 1947.

Rey del universo

Nada mejor para explicar esto que algunos párrafos de la encíclica de Pío XI, *Quas primas* sobre la realeza de Cristo, del 11 de diciembre de 1925: «Ha sido costumbre muy general y antigua llamar Rey a Jesucristo [...] a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas. Así

se dice que reina en las inteligencias de los hombres, no tanto por el sublime grado y altísimo grado de su ciencia, cuanto porque Él es la Verdad y porque los hombres necesitan beber del Él y recibir obedientemente la verdad. Se dice también que reina en las voluntades de los hombres, no sólo porque en él la voluntad humana está entera y perfectamente sometida a la santa voluntad divina, sino también porque con sus mociones e inspiraciones influye en nuestra libre voluntad y la enciende en sublimes propósitos. Finalmente se dice con verdad que Cristo reina en los corazones de los hombres porque, con supereminente caridad y con mansedumbre y benignidad se hace amar por las almas de manera que nadie, entre los nacidos, ha sido ni será nunca tan amado como Cristo Jesús. Mas, entrando ahora de lleno en el asunto, es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenecen a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey, pues solo en cuanto hombre se dice de Él que recibió del Padre la potestad, el honor y el reino, porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener común con él lo que es propio de la divinidad y, por lo tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas».

El Papa se extiende ampliamente para mostrar todo esto en las Sagradas Escrituras. Luego trata de que la realeza de Cristo está fundada en la unión hipostática y en la redención [...]

Por último, añadimos unas palabras de san Agustín en su comentario al salmo 64,5: «Cristo es nuestro rey. A su trono acuden los hombres de todas clases y estrados. A Él vienen pobres y ricos, analfabetos y sabios, hombres y mujeres, señores y siervos, ancianos y jóvenes, adultos y niños. A Él vienen judíos y griegos, romanos y bárbaros. ¿Quién puede contar los pueblos que acuden a Él? No subyugó el orbe con el hierro, sino con el leño de la Cruz».

Claves sobre los textos litúrgicos²

Antífona de entrada	(Ap 5, 12; I. 6) “Digno es el cordero...”.
Oración colecta	Todas las criaturas glorifiquen a Dios, en libertad.
Primera lectura	(Ez 34, 11 -12.15-17) <i>El pastor y juez escatológico</i> . “Pastor” es la imagen para indicar a los reyes y sacerdotes de Israel; el propietario del rebaño es Yahvé mismo. Los pastores de Israel no

² Johan KONINGS, *Espíritu y mensaje de la liturgia dominical año A*, Bogotá: San Pablo 1993, 252-253.

	<p>sirvieron; por eso vino el día de la catástrofe (destrucción de Jerusalén en el 587 aC). El dueño mismo conducirá ahora su rebaño: Yahvé reconducirá al pueblo disperso y cuidará especialmente a las ovejas más débiles. A partir del v 17, el profeta habla más propiamente de la situación dentro del rebaño; el pastor tendrá que hacer justicia entre las ovejas débiles y fuertes (34, 17-22). 34, 23-25 describe al “pastor mesiánico” un ungido que será el lugarteniente de Dios para cuidar el rebaño (esta figura se cumple en Jesucristo).</p>
Salmo	(Sal 22, 1 -2a.2b-3.5-6) Dios nuestro pastor.
Segunda lectura	(1Co 15, 20-26a. 28) <i>Restauración de todo en Cristo y entrega de su reino al Padre.</i> A partir de una discusión sobre la realidad de la resurrección (algunos corintios daban a la resurrección un sentido meramente simbólico, gnóstico), Pablo llega a describir la victoria universal de Cristo sobre la muerte (c. 15). Esta victoria (15, 26) es la prueba del señorío de Cristo, de su realeza universal. Pero no es suya; es del Padre. Hijo en todo lo que hizo, Jesús entregará su reino al Padre, tan pronto esté terminado: cuando ya no existan ni el pecado ni la muerte. Entonces Dios será todo en todos y en todas las cosas (15, 28).
Versículo del Aleluya	(Mc 11,9-10) Hosanna al rey mesiánico.
Evangelio	(Mt 25, 31-46) <i>El juicio del rey, pastor e hijo del hombre.</i> “Hijo del hombre” es, al mismo tiempo, el título normal de Jesús y la evocación del juicio de Dios en el último día. Este hijo del hombre es identificado con el pastor escatológico que también es juez (cf. 1ª lectura) y rey mesiánico. Él viene no solo a proteger a los débiles, sino a juzgar el comportamiento de todos los hombres en relación con los más débiles: este es el criterio de su juicio: Él se identifica con los necesitados. No la religiosidad proclamada, sino la gratuita caridad para con el prójimo necesitado, esto es lo que nos hace estar a su lado. El pobre es el “sacramento” de Dios.
Oración sobre las ofrendas	Paz y unión a todos los pueblos.
Prefacio	(propio) El reino de la justicia, del amor y de la paz.
Antífona de comunión	(Sal 28, 10-11) Reino eterno de Dios y paz.
O. Poscomunión	Obedecer a Cristo rey en la tierra y vivir con él eternamente.

Orientación homilética³

I. Un juicio sorprendente

- a) Este pasaje, en una especie de visión profética, nos muestra cuál es el *criterio supremo* para entrar y gozar del Reino, para ver y conocer a Dios. En él se nos dice quiénes son verdaderamente discípulos y seguidores de Jesús y cuál es la verdadera Iglesia. La escena nos presenta un juicio público, universal. El juez es «el Hijo del hombre», Jesús. Ante él comparecen todas las naciones. El momento del juicio es impreciso: «Cuando venga el Hijo del hombre» (v. 31); o sea, siempre hay juicio. Aparecen dos grupos de personas cuyo comportamiento histórico ha sido bien diferente. El juicio es de separación, definitivo. El criterio pilla de sorpresa a unos y a otros. La sentencia se pronuncia en forma de bendición o maldición. La sanción es heredar el Reino o ser arrojados al fuego eterno.
- b) El criterio o medida que se utiliza es sorprendente y no importa saberlo o no: *lo que cuenta es la actitud de amor o indiferencia hacia cualquier ser humano necesitado*; lo que se hace con uno de los más pequeños, se hace con Dios. Éste es el criterio definitivo y el mensaje final que Mateo dirige a sus lectores: hay que estar alerta, de forma activa, con la mirada puesta en el rostro concreto de cada ser humano necesitado. Lo que hacemos a los pobres, a los más pequeños, a los hambrientos, extranjeros, enfermos, desnudos, encarcelados... es lo que cuenta, es lo que hemos hecho a Dios. Increíble respuesta. La parábola no menciona la oración, ni la comunidad, ni el culto, ni la eucaristía... Ni siquiera cita la fe en Jesucristo. Lo cual no quiere decir que tales puntos no sean importantes, más aún necesarios. Significa otra cosa: que, puestos a dar la clave definitiva, o puestos a expresar lo que es esencial del verdadero cristiano y de la verdadera Iglesia, todo se juega en la OPCIÓN POR LOS POBRES, en el amor a los pobres y marginados. Todo lo demás, sin esto, de nada sirve. Es bueno recordar este test definitivo de nuestra existencia, aunque nos sintamos una vez más molestos ante la palabra de Jesús.

³ F. ULIBARRI, *Conocer, gustar y vivir la palabra. Sugerencias para orar con el Evangelio. Ciclo A*, Navarra, Verbo Divino 2012, 414-416.

2. Dimensión social y política

Aplicada esta parábola al mundo de hoy, es evidente que se refiere no sólo a las obras de caridad, sino también *al compromiso sociopolítico tendente a construir una sociedad libre, democrática, igualitaria y fraternal*. Porque puede ocurrir –y ha ocurrido muchas veces– que uno haga por un lado muchas obras de caridad y por otro siga explotando, o apoye situaciones contrarias a la libertad y a la justicia, o lleve un tren de vida indignante para los pobres. No sólo las acciones del ser humano, también *las estructuras sociales*, las relaciones mutuas de las naciones, las políticas de bloques, de Norte-Sur, etc., tienen una dimensión trascendente que *tiene que ver con el Reino, con el proyecto de Dios*. Y es que Jesús es el Señor: el único Señor del universo. A él corresponde devolver al Padre un mundo salvado y reconciliado. Compartir el señorío de Jesús, ser admitidos a su derecha, es abrirse a las necesidades de los demás; es reconocerle en el pobre y el marginado; es trabajar por un mundo solidario, una sociedad libre y justa, abierta a Dios.

Así pues, el juicio de Dios no se encierra en el ámbito individual. Comentando este texto, Juan Pablo II sacaba estas severas consecuencias: «A la luz de las palabras de Cristo el Sur pobre juzgará al opulento Norte. Y los pueblos pobres y las naciones pobres –pobres de modos distintos, no sólo faltos de alimento, sino también privados de libertad y de otros derechos humanos– juzgarán a los que les arrebatan estos bienes, acumulando para ellos el monopolio imperialista del predominio económico y político a expensas de otros» (Homilía en Namao, Canadá, del 17 de septiembre de 1984). El Señor y los pobres tienen mucho que decir sobre la indiferencia, la frivolidad, la sutil crueldad de quienes acumulan en sus manos los bienes que arrebatan a otros.

Creer que Dios nos ha comunicado su propia vida no nos saca de la historia; por el contrario, nos hace asumirla plenamente, porque en lo transitorio se juega lo definitivo.

3. La opción por los pobres

La opción por los pobres es, sin duda, la más adecuada reformulación, para nuestra sociedad e Iglesia, de lo que Mateo dice en este pasaje. En último término, si nuestra vida se ha puesto en defensa de la vida de los pobres; si nuestro sacrificio, abnegación y esfuerzo se han puesto al servicio de que tengan menos dureza; si

nuestro propio conflicto y oscuridad para ver y reconocer a Dios han nacido de la entrega y lucha para que los pobres bajen de la cruz, indudablemente, en el día del juicio, escucharemos las palabras de Jesús: «Venid, benditos de mi Padre». Ellos son *el camino y sacramento de nuestra salvación*. No se puede conocer a Dios sin acoger al pobre. Y quien acoge al pobre, y vive su vida en función de ellos, aunque camine en la oscuridad y perplejidad respecto a Dios, está viviendo en el amor del Padre. Lo está conociendo, aunque no lo sepa. Está salvado.

4. Vivir con entrañas de misericordia

La parábola del juicio final nos dice que la suerte de toda persona se decide en virtud de su capacidad de reaccionar con misericordia ante los que sufren hambre, sed, desamparo, enfermedad, cárcel, destierro... Pero vivir con entrañas de misericordia no es tener un corazón sensiblero ni tampoco practicar, de vez en cuando, alguna «obra de misericordia» que aquiete nuestra conciencia y nos permita seguir tranquilos nuestro camino egoísta de siempre. Para evitar malentendidos, Jon Sobrino prefiere hablar del «Principio-Misericordia», es decir, de algo fontal, siempre presente y activo en la persona, que da una determinada dirección y estilo a toda su conducta. Quien vive movido por el «Principio-Misericordia» reacciona ante el sufrimiento ajeno interiorizándolo, dejándolo entrar en sus entrañas y en su corazón con todas las consecuencias. Y es precisamente el sufrimiento de los demás, captado cordialmente, el que se convierte en principio conductor de toda su actuación. Es esta misericordia la que da categoría humana y evangélica a la persona. Es esta misericordia la que nos trae la bendición de Dios.

Algunas indicaciones pastorales

- Tengamos presente las disposiciones del Papa Francisco para **las indulgencias** que se pueden aplicar por los difuntos en este mes de **noviembre**, con motivo de la situación de pandemia. **Remitimos al decreto de la penitenciaría apostólica, emitido el pasado 22 de octubre.**⁴

⁴https://www.vatican.va/roman_curia/tribunals/apost_penit/documents/rc_trib_appen_pro_20201022_decreto-indulgenze_sp.html

Vida litúrgica

Diócesis de Zipaquirá

Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

Solemnidad

22 de noviembre de 2020



Moniciones

Entrada

Llenos de gozo, hoy confesamos que Cristo resucitado y glorificado ha sido constituido como Rey del universo. Creer que Cristo es el Señor de toda la creación reaviva nuestra esperanza pues sólo Él tiene el dominio sobre nuestra existencia. Alegres en esta solemnidad, participemos y alabemos a nuestro Rey.

Liturgia de la Palabra

Escucharemos a continuación la voz del mismo Dios que nos anima para que heredemos el reino preparado para nosotros desde siempre. Aquel que es Rey también se presenta como nuestro Pastor que nos apacienta con amor y nos llama a obrar con misericordia.

Presentación de los dones

Nuestro Pastor y Rey se encarga de prepararnos ahora la mesa de la Eucaristía. Mientras tanto elevemos nuestro corazón al Señor, ofreciendo nuestra vida para ponerla al servicio del reino, amando a los más necesitados.

Comunión

En la Eucaristía está realmente presente el Rey de reyes y Señor de Señores, a quien le rendimos honor y adoración. Al recibir el Santísimo Sacramento glorifiquemos al Padre por darnos el regalo de unirnos a Jesucristo, rey eterno.

Vida litúrgica

Diócesis de Zipaquirá

Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

Solemnidad

22 de noviembre de 2020



Oración universal

Elevemos nuestras súplicas a nuestro Padre misericordioso para que, desde su bondad de Dios de amor, sean atendidos todos nuestros clamores de pueblo santo y digamos:

R/. **Rey del universo, escucha nuestra oración**

- † Por el Papa para que siga mostrando a su Iglesia la manera de dejar reinar a Dios en los corazones de quienes lo aceptan y acogen con amor. Oremos al Señor.
- † Por la Iglesia para que en esta solemnidad se disponga a dejar reinar al Señor en las obras de caridad para con los más necesitados. Oremos al Señor.
- † Por todos los gobernantes para que trabajen por el bien común y promuevan la dignidad humana especialmente en los territorios más abandonados de la atención estatal. Oremos al Señor.
- † Por todos los que sufren por causa de la pandemia y por todos los que han fallecido. Que Jesucristo Rey conceda salud a los enfermos, fortaleza a los débiles y vida eterna a los difuntos. Oremos al Señor.
- † Por nuestra comunidad parroquial, para que sigamos promoviendo actitudes de protección y cuidado de la casa común y allí dejemos reinar a Dios con nuestros gestos de solidaridad. Oremos al Señor.

Acoge Padre de bondad

estas súplicas que te dirigimos con esperanza,

en esta solemnidad de Jesucristo, Rey del universo.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.